

## VII.

## El viejo Bob.

Era, en verdad, un lugar de desolación aquel hacia el cual el viejo Bob conducía á Genoveva. El trazado de algunos caminos de hierro, la piqueta del demoleedor, y la apertura de nuevas calles, harán pronto desaparecer, según aseguran, los barrios tenebrosos del Este de Londres, que entre el Támesis y el Noreste de la villa, detrás de los Docks, forman como una inmensa y lúgubre ciudad; la ciudad de la miseria y del crimen, más pavorosa que Lambeth, más asombrosa que Saint-Gilles, algo que no es europeo, que se parece á un campamento de salvajes cubiertos de harapos, á un vasto rancho de apaches con sombreros de fieltro abollados y agujereados.

El que ha escrito estas líneas ha atravesado esos inmensos burdeles, como hubiera podido atravesar el infierno, y ha podido ver de cerca lo que es la miseria, la desolación y el hambre.

Hay allá, en *Blue Gate Field* (el campo de la Puerta Azul), una especie de ciudad rara, cuyas casas están construidas con tablas, que está habitada por chinos arrojados del Asia á Europa, y que vegetan allí melancólicamente, medio tísicos,

fumando en casa de su compatriota Johnson las mortíferas pipas de opio.

Cerca de ese refugio de los chinos habitaba el viejo Bob, en una especie de cabaña ó choza, que le pertenecía como la cueva pertenece al oso.

Allá en White-Chapel, no lejos del sombrío Támesis, se agita todo un pueblo extravagante. Rostros bestiales, aspectos sospechosos, trajes extraños, mugrientos y desharrapados. Desgraciados hambrientos ó criminales endurecidos. Corredores de noche y malhechores. Asesinos y pobres. Por algunos *peniques*, todo ese pueblo puede acostarse en los *casuats wards*, dormitorios ó refugios; y por nada, siempre que pague su noche con algunas horas de trabajo, el vagabundo hambriento puede hallar un lecho de cuero y un pedazo de pan en los *work-houses*. La multitud es escandalosa en este barrio terrible. Irlandeses, alemanes, malteses, muchos negros mezclados en la muchedumbre, algunas mujeres medio desnudas, y no pocos chicos que no han contraído aún la costumbre de usar vestido alguno.

Es el reino fangoso de la miseria.

Aquí era, sin embargo, donde, azorada y trémula,—no atreviéndose á salir ni á quejarse, considerándose condenada á sufrir en adelante la vida de aquellos miserables, puesto que lo había querido, puesto que de rodillas lo había implorado,—Genoveva se despertó al día siguiente, como hubiera podido despertar en una prisión.

Una prisión era aquello, pero una prisión donde, al menos, sólo tenía que temer la ferocidad de algún bandido, y no la pasión deshonrosa de un seductor.

La llegada á White-Chapel de una muchacha

joven, vestida con un esmero desconocido allí, había desde luego producido cierta sensación en aquella ciudad de bohemios; pero algunos molinetes hechos con el bastón por el viejo Bob, y el ascendiente extraño que ejercía á su alrededor este patriarca de la pobreza, hicieron cesar todo asombro, y también toda sospecha.

Bob demostró á aquella que desde el primer día llamaron *la Francesa*, un respeto tal, una deferencia y unos miramientos tan afectuosos y paternales, que todos se decían alrededor de Genoveva:

—¡Es preciso respetar.... á la que el viejo Bob respeta!

Esos hijos del fango tienen entre ellos como una francmasonería. Lo que pertenecía al viejo, era sagrado.

En la cabaña del viejo Bob, en medio del vicio y del crimen, se hallaba Genoveva realmente en seguridad.

Esta cabaña estaba virgen de toda clase de cerradura. No temiendo ningún género de codicia, el viejo Bob habría considerado un simple pestillo en la puerta como la superfluidad de un lujo insensato, y, sin embargo, tratándose de su joven inquilina, esta confianza, digna de la edad de oro, tenía sus peligros, y el viejo lo comprendió así. Se le vió bien pronto instalar su vivac delante de la choza; había dormido sobre la tierra pelada, la cabeza y el busto abrigados en un gran cesto que había contenido botellas de champagne, bebidas por unos troneras en las carreras de *Epsom*, y la otra mitad del cuerpo abandonada á todas las inclemencias del tiempo.

Bob permaneció así hasta que pudo enriquecer

el *domicilio* de su protegida con una cerradura y un par de cerrojos que encontró, no se sabe dónde, en una de sus correrías nocturnas á través de Londres, ó que compró á algún ferretero que las debió adquirir en las demoliciones de una prisión.

Al mismo tiempo el viejo Bob había aconsejado á la *Francesa* que trocara su lindo vestido por otro de gruesa lana.

Ésta era para Genoveva la librea de su nueva condición.

Después de lo cual Bob había dicho á la joven:

—Ahora, miss, ¿qué sabéis hacer?

—Nada.

—¿Coser?

—No.

—¡Diablo! Es preciso, no obstante, vivir....

—¡Todo lo que me ordenéis que haga, lo haré! —contestó Genoveva.

—Eso es fácil de decir (murmuró el viejo Bob).

¿Cómo no os han enseñado un oficio? Es verdad que quisieron daros uno que os causó miedo. ¡Pobre pequeña! ¡Ah! ¡Cuánta miseria hay en el mundo!

Y el vagabundo se encogía de hombros.

Bajo la envoltura grosera del viejo Bob había un sentido recto y justo, que el nuevo testimonio de la indignidad de una madre sublevaba todavía.

Entonces lanzaba algunas exclamaciones de cólera; pero á cada alusión que le recordaba el pasado, la francesa experimentaba una recrudescencia de desesperación, y las crisis nerviosas que estos recuerdos provocaban eran tan violentas y dolorosas, que Bob había concluido por dominarse, contentándose con silbar, según su costumbre, y decir á Genoveva:

—Perdón; no hablemos más de eso.

A pesar de la repugnancia que sentía Genoveva á hablar del pasado, se había confiado á Bob, contándole toda su historia, y de esta confianza dolorosa había nacido en el viejo una veneración profunda por esta niña: la veneración absoluta que siente el que en nada cree al encontrarse con un ser verdaderamente virtuoso.

Este vagabundo de Londres, que fué corneta en Waterloo, barredor de calles, yendo de miseria en miseria, burlón por carácter hasta la insolencia, y sarcástico hasta la brutalidad, con los pobres lo mismo que con los ricos, el viejo Bob, el patriarca de White-Chapel, no se mostraba jamás ni aun familiar con aquella desgraciada niña.

Había tenido cuidado en desviar todas las conjeturas que pudieran llegar á indicar la procedencia de Genoveva. Varias veces los curiosos habían intentado sondearle sobre este punto. Fué tiempo perdido; lo sabían, y trataban de explotar la debilidad del viejo Bob por los líquidos en general, y en particular por el *brandy*. Ensayaron hacerle hablar llevándole á la taberna del *Hacha y el Ancla*, cuyo dueño era un tal Tom, antiguo cochero, y ahora *boxeador* y vendedor de bebidas espirituosas.

—Venid, padre Roberto, —le decían para adular al viejo.

*Roberto* es el nombre de que *Bob* es el diminutivo.

Bob se dejaba convidar, y no se oponía á que le sirvieran el *brandy*, á que tan aficionado era.

Después, cuando su tez cobriza había pasado al rojo cereza; cuando sus ojos sanguinolentos se

ponían húmedos, indicando que la hora de las confidencias debía sonar, se anticipaba á las interrogaciones meditadas, y contaba á los bebedores una historia fantástica, que evidentemente había tomado de los cuentos de las hadas.

Tan pronto era la Francesa hija de una princesa que la sometía á una prueba, como era una heredera que se ocultaba para escapar á las persecuciones de un tutor ávido, como había leído en los dramas representados en *Princess' Theatre*, ó en el *Licceum*.

Como la imaginación del viejo Rob era fecunda, sus maravillosas historias variaban hasta el infinito; pero hubiera sido preciso estar desprovisto de malicia para no apercibirse que se burlaba de su auditorio.

—¡El viejo *Nick* se burla de nosotros! —decían. Y no se engañaban.

No queriendo obligar á Genoveva á barrer las calles (único oficio que podía ejercer), partía con ella cuanto recogía acá y allá, aunque á veces era poca cosa. Pero al menos sostenía su palabra: la Francesa vivía, y vivía libre.

Desde que le había cedido su cabaña, llevaba una existencia bastante rara, recorriendo las calles durante la noche, y durmiendo por el día bajo una mesa de la taberna del *Hacha y el Ancla* cuando llovía, y en cualquier rincón de White-Chapel cuando el cielo brumoso de Londres se dignaba hacerle limosna de un pálido rayo de sol.

Genoveva le había suplicado que se construyese un nuevo albergue, ofreciéndole su ayuda.

—No soy tan tonto (le contestaba el viejo Bob). Sería preciso colocar muebles, y esto me obligaría

á tomar un carro cuando llegue la hora de la *gran mudanza*. No quiero dejar esta carga á mis herederos. Además, hija mía (añadía con más seriedad); dejad que me embriague de luz y de aire libre. ¡Mañana, acaso no podré comer más que un poco de tierra en mi covacha oscura!

«¡Mañana!» Genoveva, resignada á vivir en esta miseria, no pensaba que un *mañana* vendría en que el viejo Bob no estaría allí, en aquel infierno, para protegerla.

La pobre joven no pensaba en nada, y dejaba correr los días, esperando...., ¿qué?

Ella sabía bien qué, y se sonreía.

Genoveva creía que ningún riesgo la amenazaba en White-Chapel, donde, sin embargo, cada piedra, cada muro, cada rincón oscuro oculta un peligro.

No había observado las extrañas miradas que le dirigía Tom-Black, el propietario de la taberna del *Hacha y del Ancla*, donde el viejo Bob bebía su *gin*.

Tom-Black, alto y grueso, rojo, siniestro, hercúleo, tenía del lobo la oblicuidad de la mirada y la depresión del frontal y del mono, el aplastamiento de la nariz. Del primero tenía la cobardía, la vileza y la malicia solapada; del último, el sensualismo repugnante. Esos instintos de grosera lujuria se revelaban por su cráneo medio desnudo de un color de ladrillo reluciente entre dos mechones de cabellos rojos, por sus brazos velludos y por sus gruesos labios.

¿De dónde había salido aquel hombre?... No se inquietaban mucho en White-Chapel; pero se sabía vagamente que en otro tiempo sirvió en casa de algunos lores, y que había tenido también que

ajustar cuentas con la justicia. Era casado, maltrataba á su mujer, y se le tenía por uno de los más terribles boxeadores que habían existido.

Tom-Black, como el viejo Bob, había adquirido cierta autoridad en los barrios infames. La debía á su brutalidad, sobre todo á la influencia que le daba su taberna.

La Francesa, sin saberlo, había despertado los apetitos de Tom-Black, tirano de este barrio sombrío. Un día, Tom-Black propuso á Genoveva que se entronizase detrás del mostrador sobre el cual alineaba sus vasos, yendo á sustituir á su mujer mistress Black. Temblorosa y sonrojada, Genoveva había declinado este honor, y después evitaba siempre el pasar por delante de la taberna del *Hacha y el Ancla*. Picado de este desdén, á que no estaba acostumbrado, Tom-Black fué una noche á llamar á la puerta de la rebelde, y como la puerta no se abría, trató brutal y furiosamente de echarla abajo.

La cerradura, que era muy sólida, resistió felizmente para Genoveva. El viejo Bob, que por casualidad regresaba de una de sus correrías á Londres, acudió al ruido, y sin dejar á su formidable adversario el tiempo de ponerse en guardia, le descargó en la nuca un soberbio estacazo con su bastón herrado, arma terrible en sus manos de robusto septuagenario, que hirió á Tom gravemente.

La lección fué eficaz; Tom-Black volvió al sentimiento de la prudencia; las malas lenguas atribuyeron esta conversión mucho menos á la herida del boxador, que al temor que le inspiraba el *decano* de White-Chapel, el viejo Bob, el cual decían que sabía no poco sobre el pasado del tabernero del *Hacha y el Ancla*.

Y luego añadían:

—Que tenga cuidado la Francesa; que tenga cuidado la pequeña, cuando el viejo Bob no esté aquí para defenderla.

Genoveva hubiera, con seguridad, experimentado los mismos terrores, y las angustias que esperaba el día siguiente hubieran destrozado su corazón, á no haber tenido una esperanza extraña, ó, más bien, una fúnebre pero consoladora certidumbre.

No pensaba condolerse de encontrarse en la más oscura, en la más miserable de las condiciones, y expuesta, además, al amor de Tom-Black, que no valía mucho más que el humillante de Carlos Harisson.

Este asilo fangoso, este olvido, esta prisión que para ella reemplazaba la tumba, ¿se la habían impuesto? ¡No!

Ella los había solicitado del viejo Bob.

Un mes después de haber llegado á White-Chapel, se felicitaba aún de haber elegido aquel refugio.

Y no era porque este asilo le hubiera permitido vivir; al contrario, era porque había adquirido la certeza de que bien pronto se sustraería á la ignominia de su destino.

En efecto: no tenía más que mirarse en el fragmento de espejo que le servía de tocador, para comprender que bien pronto no necesitaría armarse de valor para buscar la muerte, porque la muerte vendría á buscarla, y el horrible asilo de White-Chapel no sería más que una corta etapa en el camino de la tumba.

—¡Morir! ¡Morir!

Era su esperanza. La muerte la consolaría del disgusto que le inspiraba lo que había visto del mundo, y este era el secreto de la serenidad con que la pobre Genoveva soportaba la pesada carga de su existencia, que sin esta esperanza del eterno reposo, hubiera sido para ella un suplicio horrible.

Y, sin embargo, al sentir el tesoro de abnegación y de generoso amor que abrigaba su alma, Genoveva pensaba que hubiera podido saborear todo lo que la vida tiene de más consolador, siendo mujer, esposa y madre; y á veces se decía, dando libre curso á sus lágrimas:

—¡Ah! ¡Si hubiera sido amada, si me amasen ahora! ¡Qué amor tan profundo sería el mío!

Y los días se deslizaban sombríos, sin esperanza, en aquel oscuro barrio de Londres, donde nadie sospechaba que vivía Genoveva; ni Cecilia, que la había buscado para maldecirla; ni Placial Estradère, que, á esta misma hora, la buscaba para salvarla.